

WAGNERIANA CASTELLANA N° 69 AÑO 2009

TEMA 6: CANTANTES, INTÉRPRETES, DIRECTORES

TÍTULO: **FRIDA LEIDER (1888 – 1975)**

AUTOR: *Wilhelm Limpert Verlag*

Frida Leider cuenta: “Por lo que puedo recordar ya en mis años infantiles mostré un gran amor por el canto. Ya en la Escuela Primaria y todavía más en la Luisenschule de mi ciudad natal, Berlín, fui a parar enseguida a las clases de canto. A uno de mis profesores le gustó mi voz de soprano. Me causaba gran alegría recitar poemas en clase, y por la noche en casa, antes de irme a cama, mi madre me escuchaba cuando subida a una silla declamaba. Pero sentía vergüenza para cantar ante mis padres. Fueron los vecinos los que dijeron a mi familia que tenía una bonita voz. Así mi padre un día dijo: “¡Venga, cántame algo!”

Mis primeros contactos con el Teatro se dieron cuando en los meses estivales hubo unas representaciones en el Prater de Berlín, y en invierno en el Zirkus Busch. La primera impresión operística la tuve con un “Trovador” en el Teatro del Westens. Fue una representación de tarde, yo estaba sentada arriba de todo, en el Olimpo ... pero lo que sucedía en escena, el canto y la sonoridad de la orquesta, me hechizaron de tal manera que no quería regresar a casa.

Al terminar la escuela tuve que encontrar rápidamente un trabajo ya que entre tanto había muerto mi padre y mi madre no se encontraba en una situación financiera que me permitiese llevar una vida independiente. Durante un año asistí a la Escuela de Comercio. Allí estudié taquigrafía, escribir a máquina y teneduría de libros. De esta manera pude ganarme el pan en algunos despachos hasta que llegué al Darmstädter Bank. Cumplía exactamente con mis obligaciones pero lo que más me interesaba era el canto. Todavía no pensaba en absoluto en un proyecto artístico, lo que quería era disfrutar privadamente de mi voz. Mi madre que siempre me apoyó en esto, logró comprar un piano y aun que nunca llegué a dominar el instrumento, fue imprescindible para mis ejercicios vocales. Me procuré las partituras vocales para piano de muchas óperas, y estudié gran parte de los papeles que más tarde canté cuando llegué a la escena.

Naturalmente estaba muy claro que necesitaba ser instruida, y que me sería difícil encontrar el profesor adecuado. Cambié a menudo de maestro ya que pronto advertía que su método de canto no era el adecuado para mí. Hoy sé que el problema era que económicamente no podía permitirme un profesor de primera clase.

De todos estos variados pedagogos había escuchado tan distintas opiniones sobre mi canto, sobre todo sobre el carácter de mi voz, que estaba interesada en escuchar un juicio competente. Cuando me enteré que el Director del Coro de la Corte y de la Catedral, Hugo Rüdell, que también dirigía el coro de la Ópera, buscaba nuevos miembros, me presenté a la convocatoria de la prueba en la Hofoper, un domingo por la mañana. Se habían reunido por lo menos un centenar de muchachas, pero la cosa fue rápida, ya que un hombre tan experimentado como Rüdell con solo las primeras notas tenía claro las posibilidades de la voz. Finalmente llegó mi turno y tras haber cantado unas escalas Rüdell dijo: "Primero, usted no es mezzo soprano sino soprano dramática; segundo, no debe buscar un puesto en el coro, deje que la eduquen." Naturalmente yo nunca había pensado ser corista, yo solo había querido obtener un juicio. En todo caso la opinión de Rüdell fue decisiva en mi aspiración de convertirme en cantante.

Realmente me encontraba en una encrucijada pero solo podía suceder una cosa: lanzarme a una preparación a fondo. Así abandoné mi puesto en el Banco para dedicarme absolutamente al estudio del canto. Al cabo de un año decidí dar el paso decisivo. Busqué un agente, canté ante él y al día siguiente me escuchó el Director del Stadttheater de Halle, y firmé mi primer contrato: 150 Marcos por seis meses de actuación. Era el año 1915 en plena guerra. Un principio muy humilde, pero de todas maneras, un principio.

Ocupé mi puesto con 15 papeles estudiados, pero no tenía la más mínima experiencia de la escena. Cuando llegué a mi primer ensayo – tenía que cantar la Venus en "Tannhäuser" - no sabía como debía moverme. Todavía recuerdo la gran inquietud que me asaltó ante el ensayo general, que por descontado no despertaba en mí grandes ilusiones. El principio del ensayo estaba previsto para las 10. Debido a los necesarios arreglos de una pieza de mi vestuario llegué al Teatro un cuarto de hora tarde. El Intendente me recibió a la entrada del escenario con el reloj en la mano: "¡Puede estar segura que por su culpa no voy a empezar tarde!" Me vestí

rápidamente y sin la ayuda de mis colegas no hubiese llegado a tiempo. Con mi traje de gasa llevaba unas sandalias doradas atadas en las piernas por unas cintas. Debido a las prisas no las até bien y así que estuve en escena, al moverme, empezaron a deslizarse. Finalmente quedaron todas abajo ... una imagen realmente poco atractiva. Además tampoco me había maquillado debidamente, en esto tampoco tenía ninguna experiencia. El director no mostró ningún entusiasmo conmigo, no logré despertar su agrado, a pesar que el eco de la prensa fue bueno para el conjunto de la representación.

Este mal principio me deprimió y me condujo a la idea de un cambio de lugar. Todavía durante la temporada de Halle cante invitada en Nuremberg la Brunilda de "La Walkiria". El contrato en Halle fracasó a pesar de no haber llegado a cantar casi ninguno de los papeles estudiados: "Me ha gustado", dijo el Director, "pero debe tener más experiencias prácticas antes que pueda aceptarla." Aquella representación en Nuremberg, que dirigió Robert Heger, tuvo como espectador un miembro la Ópera de Nuremberg, Heinrich Schlusnus. Mas tarde me dijo que mi actuación vocal le había impresionado y que no entendía como no me habían contratado.

Al terminar mi contrato abandoné Halle y regresé a Berlín. Un colega de Halle, el barítono Kerzmann, le habló de mi a su Director en Rostock con el que había tenido frecuentes contactos y este a través de mi agente quiso escucharme. Mientras yo cantaba, él empezó - no lo olvidaré nunca - a dar vueltas entorno mío: "Tiene usted una voz preciosa, ¿por qué no la han hecho cantar más en Halle? ¿Tiene usted mal carácter? ¿Es usted insoportable? Debe haber algún inconveniente." Fue difícil hacerle entender que el Director de Halle debía tener inexplicables motivos contra mi, meneó varias veces la cabeza. "Naturalmente no puedo comprar el gato sin sacarlo del saco, pero por el momento la contrato por una temporada a 200 Marcos al mes." Sin más me di la vuelta y abandoné la habitación. Ya estaba en la calle cuando llegó la secretaria sin aliento: "Le dará 250 Marcos y un contrato por dos años." De esto podía hablarse, esto era otra cosa. Así regresé, firmé y antes de haber transcurrido la primera temporada el Director por propia iniciativa aumentó el cachet en unos 50 Marcos.

Rostock, hasta cierto punto, volvió a reconciliarme con Halle, aun que los dos años se vieron ensombrecidos por la guerra. A menudo el Teatro no podía calentarse por falta

de carbón, y los espectadores, sentados en sus asientos, debían envolverse en sus abrigos de pieles. El fantasma del cierre se encontraba siempre presente, pero nosotros los cantantes preferíamos cantar en un Teatro helado que no quedarnos sin cantar. Debido a la situación tuve pocas oportunidades de cantar Wagner ya que no teníamos ni un tenor, ni un barítono heroico. Pero por otra parte la época de Rostock fue muy valiosa para mí: pude tomar contacto con el erudito músico Prof. Dr. Golther, a través del cual obtuve ricos conocimientos y fue quién me condujo hacia "Parsifal". La parte de Kundry la estudié con él.

A través de Rostock podría haber obtenido dos buenos contratos: en Coburgo y en Hamburgo. Pero a pesar de un contrato ofrecido por cinco años y con buenas condiciones financieras no pude decidirme a ir al Hoftheater en Coburgo-Gotha, ni al Stadttheater de Hamburgo, la actual Staatsoper. Los rechacé ya que no me sentía lo suficientemente madura para hacerme cargo de unos puestos tan significativos. Le dije al Intendente que primero quería entrenarme en provincias, y ante todo pulir los papeles wagnerianos que no controlaba en absoluto. "Bien ... ya sabrá algo de mí." Fue su respuesta.

A continuación me dirigí a Königsberg donde tuve las condiciones necesarias para un completo trabajo en la especialidad dramática. Allí, en la capital de la Prusia Oriental, me encontré como en Rostock. En el segundo año de mi actividad en Königsberg se presentó el Intendente de Hamburgo invitándome a un "Fidelio" y a una "Aida". El resultado fue un contrato. Allí conquisté mi puesto paso a paso, la crítica alabó ante todo mi estilo musical, no puso en primer plano mi actuación dramática sino mi canto. Todavía recuerdo lo que se dijo de mi encarnación de Isolda: "Un excesivo estilo de oratorio." A pesar de todo, mis años en Hamburgo son uno de mis más bellos recuerdos.

Entretanto Berlín se fijó en mí y un día Max von Schilling me ofreció hacer una Isolda en la Staatsoper. Viajé hacia Berlín con un contrato ya firmado y cuando regresé a Hamburgo, en un ensayo, sin más, me preguntó el director: "Bien, ¿cómo le ha ido en Berlín?". "Estoy contratada", contesté. Me miró un momento desconfiado, después cerró de golpe la tapa del piano y abandonó el escenario. Con esto terminó el ensayo ...

En mis primeros tiempos en Berlín, durante los meses de verano, cante invitada en el Teatro-Wallner y allí me sucedió una graciosa historia. La esposa del banquero que financiaba estas representaciones, también era cantante y estaba interesada en obtener un contrato. Se acercó a mi con la pregunta de si tenía algo en contra de que ella cantase una vez la Brunilda en “La Walkiria”, estaba muy interesada porque sabía que asistirían a la representación algunos agentes. Estuve de acuerdo, y cuando por la noche – la representación estaba ya en marcha - llegué a mi camerino para recoger algunas cosas, nos encontramos en el pasillo. Me llevó a su habitación y con lagrimas en los ojos me hizo una petición: “¿Podría cantar por mi desde las bambalinas el “Hojohoho”? ¡Es tan difícil!” Accedí, y mientras ella en escena hacía los debidos movimientos de la Hija de Wotan marcando las palabras, yo desde el fondo cantaba. Así la ayude a superar el escollo, pero a pesar de todo no llegó al contrato. Por este trabajo vocal obtuve 20 Marcos ... aparte de mis honorarios oficiales.

A partir de Berlín empezó mi carrera por todos los Teatros de ópera del país y del extranjero, así en La Scala de Milán, el Covent Garden de Londres, el Metropolitan de Nueva York y ante todo el Teatro del Festival de Bayreuth.

Una vez también canté la Isolda en Copenague. El Rey y la Reina asistieron, y al día siguiente me recibieron en audiencia. En el momento en que llegué ante la pareja real me sentí algo nerviosa. El Rey sonriendo se acercó a mi, me tendió la mano y escondió la izquierda tras su espalda. Expresó su reconocimiento y me entregó un estuche con esta medalla.”

Frida Leider muestra una medalla de oro con una cinta blanca y roja.

Por un lado dice “Christian X Rex Dania”, por el otro, “Ingenio et Arti” y en su entorno el nombre de la artista.

Es sabido que uno de los papeles principales de Frida Leider fue la Brunilda del “Anillo del Nibelungo” de Wagner, y en el momento en el cual, en “El Ocaso de los Dioses”, cuando la Hija de Wotan coge las riendas de su caballo, los oyentes se sentían inquietos, cosa que siempre sucede cuando aparecen animales en escena.

Frida Leider dice: “Esta escena casi nunca pasa sin sentir un cierto desasosiego, ya que aun que el animal haya estado tranquilo en el ensayo general puede suceder que en la representación cambie la cosa súbitamente. Una vez un caballo se mostró tan inquieto que tuvo que ser retirado por el encargado del animal que siempre se

encuentra en escena debidamente vestido. Pueden imaginar lo difícil que resulta en estos momentos continuar cantando. Sobre este asunto se dio un singular suceso en La Scala de Milan, durante mi canto el caballo completamente irrespetuoso estuvo tirando insistentemente de la parte trasera de mi vestido, y pateando violento con la pata delantera derecha. Estuve contentísima cuando pude marcharme. Al preguntarle al encargado del animal porque el caballo había tenido tan raro comportamiento, sonriendo pícaro me contestó: “Signora, olvidó darle al animal el azúcar a que le había acostumbrado.” Esto me hizo entender la rara inquietud de Grane.

(Del libro “Die Künstler plaudern” (Hablan los artistas). Wilhelm Limpert Verlag. Berlín. Traducción del alemán de Rosa María Safont).

